

el fin de organizar militarmente un cuerpo de colonos, Dinwiddie publicó una proclama ofreciéndoles 200,000 acres de tierra en el Ohio, medida que no aprobó la legislatura de Pennsylvania, por considerar que podría hacer reclamaciones contra dicha concesión.

Una partida de cuarenta hombres, que al mando del capitán Trent se había dirigido ya á las inmediaciones del Ohio, comenzó á construir allí un fuerte por consejo de Washington, quien á principios de abril salió de Alexandria con dos compañías, llegando el día 20 á Wills' Creek. En este punto tuvo noticia de que los franceses, reuniendo una fuerza considerable, habían ido á terminar sus trabajos y la construcción del fuerte Duquesne, llamado así por ser este el nombre del gobernador del Canadá. Esto podía ya considerarse como el primer acto hostil, y en su consecuencia Washington formó un consejo de guerra, y después de despachar emisarios para que le envasen refuerzos resolvió avanzar en dirección al Ohio. La marcha fué en extremo lenta, pero al fin llegaron las fuerzas á Great Meadows, donde se levantó una trinchera por orden de Washington, quien se propuso fortificar más cuidadosamente aquel punto cuando supo que á pocas millas se había visto un destacamento francés que seguramente no abrigaba muy buenas intenciones. Washington resolvió buscar al enemigo, y guiado por los indios, no tardó en encontrarlo (28 de mayo) en un sitio rodeado de rocas y árboles, donde los franceses habían hecho varias cabañas para resguardarse del agua. Tan pronto como aquellos vieron presentarse á Washington y su gente, corrieron á las armas; siguióse una corta escaramuza, y durante esta silbaron las balas en derredor del joven, cayendo á su lado un hombre muerto. Jumonville, que era el jefe de los franceses, pereció también con otros

nueve, y los que quedaron vivos se rindieron (*).

La Force, hombre muy entendido, á quien siempre consideró Washington como un peligroso adversario, se hallaba entre los prisioneros, los cuales, en número de veinte y dos, fueron enviados al gobernador Dinwiddie, que estaba en Winchester.

No faltó quien tratase de vituperar la conducta de Washington por los tristes resultados de este encuentro, diciendo que la persona de Jumonville debió ser respetada, porque, revestido del carácter de embajador, se dirigía á intimar á los ingleses á que evacuasen el territorio, y que por lo tanto Washington podía considerarse como un asesino. La verdad, sin embargo, era que el destacamento mandado por Jumonville, según se probó por una carta encontrada entre los papeles del joven oficial, se ocupaba en operaciones de campo, reconociendo de paso el país y enviando mensajes al fuerte Duquesne para dar cuenta de lo que hacían los ingleses. Al escuchar los cargos que se le hicieron, contestó Washington: «que si el enemigo se hubiera presentado franca y lealmente, anunciándose como embajador, en vez de permanecer oculto en un paraje retirado, desde donde enviaba espías para reconocer la posición de los ingleses, mandando luego los partes á Mr. Contraceur, no hubiera él procedido de la manera que lo hizo.»

La repentina muerte del coronel Fry, en Wills' Creek, hizo recaer todo el mando en Washington (**), y entonces su posición lle-

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Bancroft, vol. IV, págs. 117-19.

(**) Guillermo Fairfax, amigo fraternal de Washington, había escrito á éste aconsejándole que mandase á sus soldados cumplir con los deberes religiosos, públicamente, en el campamento, sobre todo cuando hubiera en él familias indias. Hizose así por primera vez en Meadows, y fué por cierto una escena admirable, á la par que imponente, ver

gó á ser peligrosa en extremo, pues las fuerzas de los franceses eran mucho más considerables que las suyas, y empezaba á sentirse la escasez de provisiones. En vista de esto, el joven jefe encargó al capitán Mackay que se quedase con la compañía de la Carolina del Sur para custodiar el fuerte Necesidad, situado en Great Meadows, y cumplida esta orden, avanzó hacia el fuerte Duquesne; pero vióse bien pronto obligado á retroceder, porque los indios y franceses, en número de 1,500, venían al encuentro, y cayeron luego sobre dicho fuerte. Washington se defendió durante algunas horas, pero no pudiendo resistir más, contentóse con obtener una honrosa capitulación. A la mañana siguiente, 4 de julio, el joven comandante se puso de nuevo en marcha dirigiéndose á Wills' Creek, donde se hallaban reunidas sus fuerzas y donde se había construido el fuerte Cumberland (*).

Aunque el resultado de la primera campaña no fué satisfactorio, comprendióse que Washington había hecho cuanto era humanamente posible en semejantes circunstancias, y por lo tanto, la Asamblea le dió las gracias, teniendo además la satisfacción de que sus soldados, entre los cuales se distribuyeron 300 pistolas (1,100 libras), depositasen en él toda su confianza, reconociéndole como á un entendido jefe.

Mientras que Washington estaba ocupado en esta expedición contra los franceses, reunió el joven jefe presidiendo con serena gravedad aquella extraña multitud donde se confundían los soldados á medio equipar, los leñadores, los voluntarios, las mujeres y los niños, con los salvajes de abigarrados colores, entonando todas sus oraciones con ejemplar devoción.—*Vida de Washington*, por Irving, vol. I, pág. 123.

(*) Mr. Irving, (vol. I, págs. 131-140) se estiende en minuciosos detalles al hablar sobre este punto, y justificando á Washington, prueba palmariamente que no merecía los cargos que se le hicieron respecto á la muerte de Jumonville. Advertiremos al lector que es también muy interesante la relación de Mr. Sparks.—*Vida de Washington*, págs. 33-55.

niéronse en Albania en el mes de junio de 1754 varios comités que enviaban las Asambleas coloniales de Nueva-York, Pennsylvania, Maryland y Nueva-Inglaterra, con objeto de que celebrasen una sesión. El principal objeto era renovar el tratado con las Seis Naciones, cuya amistad y auxilio en aquella crisis tenía la mayor importancia. Además de esto, presentábase la cuestión de confederarse ó no las colonias, para la mútua defensa, y en vista de las circunstancias, resolvióse afirmativamente nombrándose un delegado de cada una de aquellas para que formase un proyecto de unión. Franklin redactó uno que fué aprobado por todos los individuos de la comisión, excepto el que representaba á Connecticut. Hé aquí su contenido: «Se formará un gran Consejo compuesto de cuarenta y ocho miembros: siete de Virginia, siete de Massachusetts, seis de Pennsylvania, cinco de Connecticut; cuatro de cada una de las colonias de Nueva-York, Maryland y las dos Carolinas; tres de Nueva-Jersey, dos de New-Hampshire y otros dos de Rhode-Island. Este número de cuarenta y ocho debe ser fijo, y ninguna colonia estará representada por más de siete individuos ni por menos de dos. El Consejo se cuidará, por punto general, de la defensa de las colonias, y al efecto debe suministrar hombres y dinero, inspeccionar los ejércitos de las colonias, espedir las órdenes necesarias y atender en fin al bienestar general. Dicho Consejo tendrá un presidente general nombrado por la Corona, el cual podrá aprobar ó desestimar los actos de aquel, y no se nombrarán oficiales militares sin el consentimiento de dicho presidente.» «Tal era el documento que puede decirse sirvió de base para lo que había de ser nuestra constitución federal (*).»

(*) *Historia de los Estados-Unidos*, por Hildreth, vol. II, pág. 443.

Es digno de tenerse en cuenta que este proyecto no fué apoyado favorablemente por ninguna de las Asambleas coloniales ni por la Junta superior de las colonias. Hé aquí lo que dijo Franklin veinte años despues refiriéndose á este asunto: «Las Asambleas todas opinaron que en aquel documento habia demasiada prerogativa, y en Inglaterra fueron de parecer que era excesivamente democrático.» Nosotros creemos que el gobierno inglés no llevaria á bien la union entre las colonias, toda vez que esto podria darles á conocer cuál era su fuerza, sugiriéndoles la idea de proclamarse independientes. Ello es que se resolvió, despues de reflexionar maduramente, continuar la guerra con tropas reales, debiendo las colonias facilitar todo el auxilio posible.

Como quiera que se esperaba de un momento á otro que se rompiesen las hostilidades entre Inglaterra y Francia, los gobernadores reales de las colonias tomaron sus disposiciones para organizar una milicia, siendo en esto eficazmente secundados tanto por las colonias del Norte como por las del Sur. Habiéndose sabido que estaba preparándose para salir de Brest una escuadrilla de buques franceses con 4,000 hombres de tropas, envióse al almirante Boscawen para que interceptase su marcha; pero la mayor parte de aquellos consiguieron desembarcar sus fuerzas en el Canadá y en Louisburg, si bien uno ó dos cayeron en manos de los ingleses. La declaracion de guerra no se habia hecho aun formalmente, mas á pesar de esto, los enemigos se hostilizaban uno á otro.

El gobernador Dinwiddie estaba muy disgustado con la Asamblea por no haber querido esta complacerle, aprobando ciertas disposiciones que él tomó, y en todos sus despachos quejóse repetidas veces de aquella. Sin embargo, resolvióse por una votacion

unánime levantar considerables fuerzas, y á fin de evitar las disputas que pudieran originarse acerca del rango é importancia de los oficiales, se publicó una orden general por la que se concedia la preferencia á los oficiales del rey sin excepcion alguna. Semejante medida disgustó naturalmente á hombres como Washington y sus compañeros, y esto fué causa de que aquel, impulsado por su amor propio, presentara su dimision inmediatamente con la intencion de dedicarse á sus asuntos personales.

A consecuencia de esto, nombróse al general Braddock comandante en jefe, el cual á principios de 1755 marchó á Chesapeake con dos regimientos británicos. La colonia de Nueva-Inglaterra recibió orden para alistar dos regimientos de 1,000 hombres cada uno, y Pennsylvania tuvo que facilitar 3,000 soldados. En el mes de abril Braddock celebró una junta en Alexandria con los gobernadores de las colonias, y allí se acordó organizar tres expediciones: la primera mandada por dicho jefe, debia marchar contra el fuerte Duquesne para arrojar á los franceses del Ohio; la segunda, á las órdenes de Shirley, que acababa de ser nombrado mayor general, se dirigiria contra el Niágara, y por último, la tercera, cuyo jefe era Jhonson, hombre de gran influencia entre las Seis Naciones, se encargó de tomar Crown Point, fuerte situado en la orilla oriental del lago Champlain (*).

Braddock era un bravo militar que se habia distinguido en los campos de batalla; pero no conocia el modo de guerrear en el Nuevo Mundo, y lo que era peor, no se mostraba dispuesto á seguir los consejos de personas

(*) Segun cierto informe presentado á la Junta de Comercio, la poblacion de las colonias era en aquella época de 1,500,000 habitantes, entre los cuales habria cerca de 3,000 negros. Nueva Francia apenas contaba 100,000 almas.

mas entendidas que él en este punto. Contrariado por la lentitud con que se desempeñaba el servicio, especialmente respecto al transporte de bagajes, no ocultó su enojo, y se indispuso con todos, sintiéndose cada vez menos inclinado á escuchar las advertencias de nadie. Franklin le visitó en Fredericton, en cumplimiento de su deber, pues era administrador de correos, y le ofreció sus servicios en todo cuanto dependiese de su ramo, principalmente en la expedicion de los partes, mensajes, etc., aventurándose tambien á hacerle algunas indicaciones acerca de los peligros que ofreceria la guerra especial que iban á emprender las tropas reales. Braddock aceptó gustoso tan oportuna oferta, y algunos dias mas tarde, hablando con Franklin acerca de su plan de campaña, le dijo: «Despues de tomar el fuerte Duquesne, pienso dirigirme á Niágara, y en concluyendo allí, marcharé sobre Frontenac si el tiempo no lo impide, lo cual no es probable, porque Duquesne no me detendrá mas de tres ó cuatro dias, y entonces no veo inconveniente en continuar mi marcha hácia Niágara.» Y luego añade Franklin: «Habiendo reflexionado cuan larga era la línea que tenia que recorrer el ejército, por un sendero muy estrecho que debian abrir los soldados á través de los bosques, y recordando la derrota que sufrieron 1,500 franceses al querer, en cierta ocasion, invadir el Illinois, concebí algunas dudas y temores acerca del éxito de la expedicion, pero no me atreví á decir á Braddock mas que estas palabras:—«Es indudable, señor, que si llegais sin contratiempo á Duquesne con esas brillantes tropas y tan bien provisto de artilleria, no tardará en caer en vuestro poder el fuerte, por mas que esté muy bien fortificado y tenga una numerosa guarnicion; pero, en mi concepto, las emboscadas de los indios son un grave peligro que

puede oponerse á vuestra marcha. Esos salvajes por su rara destreza y práctica del terreno, pueden interceptar la estrecha y prolongada senda que ha de recorrer vuestro ejército y caer de repente sobre el flanco de las tropas, cortando la columna como si fuera un hilo, sin dar tiempo á que se concentren los soldados para socorrerse mutuamente.» Braddock se sonrió cuando hubie emitido mi parecer, como compadeciéndose de mi ignorancia, y repuso: «Esos salvajes serán ciertamente un formidable enemigo para vuestra bisoña milicia americana, pero tratándose de las disciplinadas y aguerridas tropas del rey, no es posible que nos inspiren temor alguno.»—Yo comprendí que era impropio seguir discutiendo con un militar sobre asuntos de su profesion, que naturalmente debia entender mejor que yo, y no quise decir mas.» El resultado no obstante demostró desgraciadamente que en esta ocasion, el filósofo juzgó con mas juicio y prespicacia que el hombre de guerra, entendido en la ciencia militar, aunque lleno de preocupaciones en favor de la rutina establecida.

Instado repetidas veces por Braddock, Washington accedió á servirle de ayudante de campo, lo cual en su juicio le proporcionaba una ocasion para estudiar el arte de la guerra bajo las órdenes de un hombre tan entendido como el jefe de la expedicion. «El único motivo que me induce á tomar parte en la lucha, decia el jóven en una carta que escribió á sus amigos, es el laudable deseo de servir á mi país, no los beneficios que pudiera alcanzar bajo el punto de vista lucrativo. Me lisonjeo que se me considerará como un voluntario, y que por lo tanto no espero una recompensa, ni aspiro tampoco obtener mando alguno, puesto que segun se me ha dicho, no está en manos del general Braddock darme un nombramiento que tampoco aceptaria.»

El jefe de la expedición, viendo que se pasaba el tiempo y que sus tropas avanzaban muy lentamente, pidió su parecer á Washington, y éste le aconsejó que siguiera adelante con una división armada á la ligera, encargando al coronel Dunbar que con las demás fuerzas formara la retaguardia. Braddock siguió el consejo y se puso en marcha con 1,200 hombres y diez piezas de artillería de montaña, pero no hizo aprecio de las advertencias de su entendido ayudante de campo, en lo tocante á precaverse contra las emboscadas de los franceses y los indios. A fines del mes de junio sintióse Washington atacado de una fiebre, viéndose obligado á quedarse en Yonghieny, en casa de un amigo suyo llamado el doctor Craik; pero ansioso de reunirse con el ejército, y aunque estaba muy débil, púsose en marcha el día 3 de julio, llegando el 8 al campamento. Braddock había tardado un mes en recorrer unas cien millas y le faltaban aun quince para llegar al fuerte Duquesne. Al día siguiente debía darse el ataque, y Washington rogó al jefe que se le permitiera destacar á los exploradores de Virginia para que examinasen los pasos peligrosos que era aun necesario atrevesar, pero Braddock se negó á ello resueltamente y hasta con cierto enojo. Fué un curioso espectáculo al día siguiente, 9 de julio, ver la pompa y aparato militar con que las tropas, como si estuvieran de gala, se pusieron en marcha para dirigirse á Monongahela, con bayoneta calada, estendidas las banderas y tocando los tambores. Washington contempló deleitado tan belicosa escena, y algunos años despues se le oyó decir muchas veces, que aquel fué uno de los mas magníficos espectáculos que presenciara en su vida. Serian ya cerca de las dos de la tarde cuando las tropas acabaron de pasar el rio, é iban ascendiendo por una cuesta cubierta de altas yerbas y troncos, y

flanqueada por dos barrancos ocultos entre árboles y malezas, cuando de repente se oyó á pocos pasos una nutrida descarga. Entonces se confirmaron los pronósticos de Washington acerca de las emboscadas que tanto perdía la mitad de su gente bajo el fuego del enemigo, retrocedió hasta donde se hallaba Braddock, que alarmado al oír las descargas que menudeaban, avanzó con el resto de las fuerzas. Los terribles alaridos de los indios, la incesante lluvia de balas que caía sobre las tropas y la imposibilidad de hacer frente á un enemigo invisible, introdujeron bien pronto una espantosa confusión entre las filas de los soldados, sin que bastaran á evitar los heroicos esfuerzos que durante tres horas mortales estuvo haciendo el intrépido Braddock. A este jefe le habian matado ya cinco caballos, y aun seguia animando á los suyos, cuando recibió un balazo, que atravesándole los pulmones, le hirió de muerte. El infeliz Braddock se empeñó en que le dejaran morir en el mismo lugar de la derrota, pero sus soldados le llevaron lejos de allí, conduciéndole á un sitio mas seguro. Los ayudantes de campo Orme y Morris, así como Sir Peter Halket y su hijo, estaban tambien mortalmente heridos, y Washington, que desplegó un valor extraordinario y una gran presencia de ánimo llevando y trayendo las órdenes de Braddock, sirvió constantemente de blanco á las balas enemigas, cuatro de las cuales le atravesaron la levita, despues de haberle matado dos caballos. El haber escapado ileso de tan terrible catastrofe, fué verdaderamente milagroso, y bien puede decirse que aquel á quien la Providencia protegía de una manera tan marcada, estaba destinado á prestar aun grandes servicios á la causa de la libertad (*). Horacio Gates, que fué mas tarde

(*) Se sabe por una conocida tradicion, suficientemente

un general de nota en la revolucion, quedó tambien herido gravemente, y aunque las fuerzas de Virginia pelearon con la mayor bravura, todo fué en vano, porque el pánico se habia apoderado de las tropas, que dispersándose en todos sentidos, huyeron á la desbandada, abandonando bagajes y artillería á un enemigo, que segun se vió luego, solo constaba de un pequeño destacamento de franceses y soldados del Canadá, y unos 600 indios. En aquella accion homicida perecieron veinte y seis oficiales, quedando treinta y seis fuera de combate: en la clase de tropa se contaron mas de 700 hombres entre muertos y heridos, no habiendo pasado de sesenta las bajas de los indios y franceses. Los que que-

confirmada, que muchos años despues, Washington fué visitado por un anciano y venerable jefe indio, el cual le confesó que durante la batalla, le habia tirado varias veces, encargando á sus guerreros hicieran lo mismo, pero viendo que ninguna de las balas le tocaba, dedujo que el joven héroe se hallaria bajo la proteccion del Gran Espiritu. Desde aquel momento, y fiel á sus creencias, dejó de atentar contra la vida de Washington.

daron vivos, huyeron sin detenerse hasta alcanzar al coronel Dunbar que mandaba la retaguardia. El malogrado Braddock espiró el 13 de julio (*), y Washington rezó junto á sus restos mortales el oficio de difuntos. Cuando el moribundo se hallaba en su postrer momento, reconoció su error en no seguir los prudentes consejos del ayudante, y sus últimas palabras fueron: *¿Quién lo hubiera creído!* Dunbar y sus tropas se dirigieron apresuradamente al fuerte Cumberland, y á despique de cuanto pudiera decirse, no quisieron detenerse un momento hasta llegar á Philadelphia. La victoria alcanzada por los franceses era de lo mas extraordinario que pudiera darse, y no dejó de producir su efecto sobre las colonias, puesto que comprendieron, por primera vez, que sus altas ideas acerca del poderío y fuerza de las tropas británicas, eran algo exageradas.

(*) Léase la *Historia de la expedición contra el fuerte Duquesne en 1755, al mando del Mayor General Eduardo Braddock*. Es un volumen digno de examinarse.